



Título en castellano: Comprender el mal radical para mejorar la democracia: Kant y Nussbaum sobre la instrumentalización del otro y lidiar con emociones dañinas para la vida democrática

Título en inglés: Understanding Radical Evil to Improve Democracy: Kant and Nussbaum on the Instrumentalization of the Other and Dealing with Harmful Emotions for Democratic Life

Título en portugués: Compreender o Mal Radical para Melhorar a Democracia: Kant e Nussbaum sobre a Instrumentalização do Outro e o Enfrentamento de Emoções Nocivas para a Vida Democrática

Autor: Juliana Acerenza Moreni

Filiación académica: Profa. Adj. Grado 3, contratada, Instituto de Historia de las Ideas, Facultad de Derecho, Universidad de la República

Identificadores ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-7508-3429>

Correos electrónicos: juliacerenza@gmail.com

Resumen: Una sociedad que aspire a la justicia debe comprender los motivos de las malas conductas humanas. Kant prestó atención a la psicología humana, pero temía que, si se indicaba algún modo correcto de actuar, se estuviese limitando la libertad de expresión de modo que estas indicaciones pudieran resultar incompatibles con los principios de libertad y autonomía. En La religión dentro de los límites de la mera razón (1981), el filósofo elabora su propia versión del mal radical: son las tendencias de las personas a abusar de otras, tratándolas no como fines en sí mismos, sino como instrumentos. Él argumentaba que estas

conductas no son producto de las condiciones sociales sino de la propia naturaleza humana universal, que impulsa a la envidia y a la competencia entre personas conciudadanas. Martha Nussbaum (2014) coincide con Kant. En este artículo se explora el concepto kantiano del mal radical como lo considera Nussbaum (2014) con vistas al mejoramiento de las democracias actuales.

Palabras claves: mal radical; Kant; Nussbaum; emociones políticas; democracia; emociones dañinas para la vida democrática

Abstract: A society that aspires to justice must understand the motives behind human misconduct. Kant paid attention to human psychology, but he feared that prescribing any correct course of action would limit freedom of expression in ways that could be incompatible with the principles of liberty and autonomy. In *Religion within the Boundaries of Mere Reason* (1981), the philosopher elaborates his own version of radical evil: the tendency of people to abuse others, treating them not as ends in themselves, but as instruments. He argued that such behavior is not a product of social conditions but of universal human nature itself, which drives envy and competition among fellow citizens. Martha Nussbaum (2014) agrees with Kant. This article explores the Kantian concept of radical evil as understood by Nussbaum (2014) so as to improve contemporary democracies.

Keywords: radical evil; Kant; Nussbaum; political emotions; democracy; harmful emotions for democratic life

Resumo: Uma sociedade que aspira à justiça deve compreender os motivos por trás da má conduta humana. Kant dedicou atenção à psicologia humana, mas temia que prescrever qualquer curso de ação correto limitasse a liberdade de expressão de maneiras que poderiam ser incompatíveis com os princípios da liberdade e da autonomia. Em *A Religião nos Limites da Simples Razão* (1981), o filósofo elabora sua própria versão de mal radical: a tendência das pessoas de

abusar umas das outras, tratando-as não como fins em si mesmas, mas como instrumentos. Ele argumentou que tal comportamento não é produto de condições sociais, mas da própria natureza humana universal, que impulsiona a inveja e a competição entre os concidadãos. Martha Nussbaum (2014) concorda com Kant. Este artigo explora o conceito kantiano de mal radical, conforme entendido por Nussbaum (2014), com o objetivo de aprimorar as democracias contemporâneas.

Palavras-chave: mal radical; Kant; Nussbaum; emoções políticas; democracia; emoções nocivas para a vida democrática

1.- Introducción

Immanuel Kant (1981) prestó atención a la psicología humana. Al igual que otros filósofos políticos liberales, temía que, indicando algún modo correcto de actuar, se estuviese limitando la libertad de expresión de modo que estas indicaciones pudieran resultar incompatibles con los principios -liberales- de libertad y autonomía. En *La religión dentro de los límites de la mera razón* (1981), el filósofo elabora su propia versión del mal radical: son las tendencias de las personas a abusar de otras, tratándolas, no como fines en sí mismos, sino como instrumentos. Argumentaba que estas conductas no eran producto de las condiciones sociales sino de la propia naturaleza humana universal que impulsa a la envidia y a la competencia entre personas conciudadanas.¹ Sin embargo, la producción de las emociones puede darse por una mezcla de las condiciones sociales y de la naturaleza humana universal. A pesar de las conductas sociales que conforman el mal radical, las tendencias positivas también forman parte de la naturaleza humana universal. Según Kant, es un deber ético vincularse con personas que fomenten estas tendencias para que éstas prevalezcan sobre las tendencias negativas, el mal radical. El concepto kantiano de mal radical tiene su fuente en *Del contrato social* de Jean-Jacques Rousseau (1998), quien sostuvo que, para que una sociedad permanezca estable, es necesario una “profesión de fe puramente civil”, una “religión civil”, constituida por “sentimientos de sociabilidad, sin los cuales es imposible ser buen ciudadano ni súbdito fiel” (pp. 163-164). De esta manera, el Estado generaría sentimientos patrióticos como el amor cívico, que implicarían obligaciones de las personas ciudadanas entre ellas y hacia su país. Asimismo, argumentaba que para que esto ocurriera, se debía coaccionar a las personas ciudadanas y suprimir libertades de expresión religiosa, entre otras, castigando conductas dañinas contrarias a la religión civil. Kant, en desacuerdo con Rousseau, pensaba que no se debía llegar

¹ En este artículo, la postura dicotómica de Kant entre naturaleza (lo que es innato a lo humano) y cultura (lo producido socialmente) no será profundizada.

a la coerción porque suponía una falta a la autonomía personal, aunque no cuestionaba que la coacción fuera la manera de hacer eficaz la religión civil.

Martha Nussbaum (2014) se plantea el desafío de “cómo puede una sociedad decente hacer más por la estabilidad y la motivación de lo que Locke y Kant imaginaron que podía hacer, sin convertirse con ello en antiliberal y dictatorial como en el modelo ideado por Rousseau.” (p. 19). La filósofa reformula la visión kantiana del mal radical, añadiendo un análisis de las tendencias y emociones humanas que llevan a esta conducta. En este artículo se explora la visión kantiana del mal radical, y la lectura de Nussbaum (2014) al respecto. La filósofa indica modos en que estas tendencias negativas pueden aliviarse, con vistas a desincentivarlas y así mejorar las sociedades democráticas.

Comprender el mal radical para lidiar con emociones y tendencias dañinas para la vida democrática

En esta sección, se desarrollará la relación entre la concepción kantiana del mal radical con la de Nussbaum (2014). Adhiero a la postura de la filósofa, según la cual a Kant le faltó profundizar en la psicología humana para dar cuenta del mal radical. Ella argumentaba que, para mejorar la democracia, es necesario comprender el mal radical, entender la naturaleza humana y las condiciones sociales que hacen posible que nuestras conductas estén guiadas por el egoísmo y el narcisismo, instrumentalizando a seres humanos para conseguir nuestros fines. Si se logra profundizar en este fundamento psicológico y emocional de la conducta humana, se podría mejorar la democracia, porque conoceríamos qué emociones cultivar para crear una sociedad más justa y menos autoritaria. También podríamos pensar qué emociones desincentivar, dado que hacen a la sociedad menos justa e igualitaria; éste es el caso del asco proyectivo. El análisis que hace Nussbaum (2014) basado en Kant (1981), se detalla a continuación.

Como se mencionó anteriormente, si una sociedad aspira a la justicia, debe comprender los motivos de las malas conductas humanas. Esto no es requerido

si pensamos que las leyes antidiscriminación no protegen la igualdad y dignidad humanas como lo conciben los liberales libertarios, basándose en que la discriminación es ineficiente —pues no tiene relevancia en el ámbito económico—, e interpretan que la motivación humana no es maliciosa (por ejemplo, no está determinada por estereotipos racistas).

Nussbaum (2014) argumenta que este ideal es ingenuo porque las personas de hecho actúan negándole oportunidades a las minorías y a las mujeres en el empleo y la política. La exclusión de las mujeres, minorías raciales y étnicas, así como de las disidencias sexo-genéricas, ha sido profundamente estudiada, sobre todo por las teorías y filosofías políticas feministas. Un ejemplo clásico es el trabajo de Mill (2003) y Harriet Taylor Mill en Ensayos sobre la igualdad sexual (1973). Sin embargo, la autora sostiene que hace falta una hipótesis teórica sólida acerca de cómo se producen estas exclusiones, porque toda sociedad justa debe combatirlas. La autora apuesta a seguir la investigación empírica sobre el asco, la compasión, la presión social o de grupo y la obediencia a la autoridad, entre otras tendencias dañinas, para construir una “psicología política razonable” (Nussbaum, 2014, p. 199) que pueda ser integrada a las diferentes visiones comprensivas de la naturaleza humana. Por ejemplo, la limitación de la simpatía, la reticencia a reconocer la animalidad en lo humano, así como la mortalidad, van en detrimento de la emoción compasiva. Oponerse al odio visceral y la aversión o asco hacia grupos es importante para la filósofa.

Nussbaum (2014) coincide con Kant (1981) en la existencia de un mal radical. Según el filósofo, son las tendencias humanas presociales a la mala conducta, independientes de las culturas aunque moldeadas por estas. La autora desarrolla en dos fases el papel del amor, como una de las formas para prevenir estas tendencias. La primera fase ocurre cuando el amor y la preocupación por lo ajeno son dirigidos hacia el objeto cuya aniquilación es temida y pretendida al mismo tiempo. Por ejemplo, cuando el niño tiene rabia y tendencias destructivas producto de su sensación de desvalimiento y de la vergüenza primitiva. La segunda vez que el amor contrarresta estos impulsos destructivos es cuando

hay una fuerte capacidad para imaginar la vida de otro, lo cual evita la estigmatización y fragmentación social y potencia el sentirse parte de un mismo pueblo. Como señala Kant en *La religión dentro de los límites de la mera razón* (1981), el combate es hacia el mal que penetra en la raíz de la humanidad, en nuestra naturaleza.

Nussbaum (2014) y Kant (1981) acuerdan en que no es la naturaleza animal la fuente de nuestras dificultades y tendencias perniciosas, sino la naturaleza humana. Kant (1981) demostró que el mal radical es presocial puesto que las personas pueden actuar erróneamente antes o después de haber recibido alguna enseñanza social. El mal radical puede, o bien ser innato o bien surgir de elementos estructurales generales presentes en la vida humana, antes de que una persona tenga contacto con alguna cultura en particular. Para la autora, la teoría de Kant (1981) es incompleta porque explica poco acerca de la naturaleza de las inclinaciones negativas de los seres humanos y omite hablar sobre malas conductas como el odio racial y étnico.

Parte del problema con el mal radical es nuestra herencia evolutiva que compartimos con los demás animales, porque establece la estrechez de la simpatía, estructura de una imaginación y afecto que se limitan a un círculo de interés. Pero, como se dijo anteriormente, este no sería el problema principal, y Nussbaum (2014) acuerda con Kant sobre este punto. A diferencia de los animales, los humanos nacemos más vulnerables, sin habilidades para caminar o buscar comida. Toda la experiencia del bebé gira en torno a él mismo, es solipsista, y se ve ayudado por otras fuerzas externas. La frase de Freud (1993) “su majestad, el bebé” concuerda con la visión del bebé según la cual todo debe estar a su servicio. El narcisismo del bebé acarrea la tendencia de tratar a otros solo como medios, como esclavos que lo sirven. Ahí comienza el mal radical, que debe intentar ser eliminado (Nussbaum, 2014). A medida que crecen, las personas pueden o no superar este narcisismo que solo logra preocuparse por el círculo de interés de sus seres queridos. Bajo el narcisismo hay antroponegación (negación de la animalidad y del cuerpo humano vulnerable) y

esperanza de completitud y perfección, lo que genera una intensa ansiedad, un deseo de colocarnos por encima de lo humano y de usar a otras personas como nuestros sirvientes. De ahí el peligro de no entender que la vida humana se funda en la necesidad y en la reciprocidad e interdependencia entre las personas.

Una posible solución a la instrumentalización del otro, sugerida por Rousseau (1998), es fomentar la autosuficiencia práctica, la confianza en la posibilidad de valerse por uno mismo, de manera que no habría necesidad de esclavizar a otros. Otra propuesta contra el narcisismo sería el movimiento erótico del niño hacia el mundo de objetos exteriores, lo que implica un asombro maravillado, amor y/o cariño, encauzando la curiosidad y la habilidad de preocuparse por el otro. Por ello, el amor es un elemento central en la vida del niño que conduce a la empatía; el amor, según Nussbaum (2014), es:

“un reconocimiento placentero del otro como ser valioso, especial y fascinante; un impulso dirigido a entender su punto de vista; diversión y juego recíproco; intercambio y lo que Winnicott denominó ‘interjuego sutil’; gratitud por un trato afectuoso y culpa por los deseos o los actos agresivos propios; y, en último y principal lugar, confianza y suspensión de las demandas ansiosas de control.” (p. 214).

Para la moral esto tiene consecuencias, puesto que no es lo mismo que esté guiada por amor a que lo esté por meras reglas de conducta.

La cultura política debe usar la confianza y la generosidad que da el amor, la erótica del movimiento del corazón y la mente hacia el exterior, para que contribuya a estabilizar las instituciones frente a las presiones del egoísmo y la agresividad. Una moral solo guiada por reglas de conducta es débil ante las emociones humanas que arrastran a las personas a pensar solo en su propio interés. Si entendemos, siguiendo a Nussbaum (2014), que las emociones forman parte de la moralidad y tienen un rol importante en ella, y las incluimos en una religión civil, es decir, en una moral para la vida entre personas ciudadanas, esta moral se torna más fuerte ante el mal radical. El argumento de la filósofa es que, si incluimos al amor en las instituciones políticas y la moral de

los ciudadanos, nuestras acciones serán conducidas por este sentimiento de aprecio a los demás, y no sólo velando por nuestros intereses, desde un egoísmo y narcisismo que viene desde nuestra infancia.

Por otra parte, el juego tiene un papel importante en el desarrollo de la empatía y la reciprocidad. Nussbaum (2014) toma en consideración lo dicho por Winnicott (2005) sobre el amor como un interjuego sutil, ligado directamente a la disposición de renunciar a la omnipotencia. Esto beneficia a la sociedad entera porque incrementa la sensación de ausencia de control hacia algunas características de la vida (como la mortalidad) que generan deseo de control y falta de confianza hacia los demás. Entonces, el amor y este tipo de juego facilitador de la empatía y la imaginación son necesarios para que el niño salga del narcisismo y del miedo, y se interese genuinamente por otra persona. Los recursos que permiten vencer esto no deben detenerse durante la vida y deben manifestarse en las relaciones interpersonales, en las artes y la cultura.

Nussbaum (2014) analiza una de las grandes expresiones del mal radical en las culturas públicas: la estigmatización y el asco hacia grupos de personas. El asco es uno de los mecanismos de subordinación por los que las personas forman jerarquías y se colocan sobre las demás. Siguiendo a Kant (1981), el mal radical genera competencias, lo cual es un obstáculo para el reconocimiento de la igualdad de dignidad humana. Nussbaum (2014) explica que esta tendencia a la formación de jerarquías es parte de nuestra herencia evolutiva, pero se ve empeorada por el narcisismo, la antroponegación y el ansia de omnipotencia, lo que termina amenazando a las sociedades que aspiran a la justicia. El asco o la presunta asquerosidad es utilizada para negar el contacto de unas personas con otras; las primeras les impugnan propiedades animales repugnantes a las segundas. La filósofa enuncia:

“Toda sociedad justa debe detectar y combatir este síndrome. El ‘asco proyectivo’ crece a partir de los mismos desasosiegos que inspiran el narcisismo infantil. Como este (y tratándose de una parte más de este), solo puede superarse con el espíritu del amor” (Nussbaum, 2014, p. 222).

El asco está ligado a las otras tendencias porque los aspectos de animalidad que causan repugnancia son los que nos recuerdan nuestro desvalimiento. El asco proyectivo es una de las formas de antroponegación por las cuales se siente que otro tiene algo que nos contaminaría, si bien este pensamiento es irracional y hasta mágico. Por lo tanto, es un asco social. Lo alarmante es que detiene la efectividad de la igualdad de respeto político. Para esto, Whitman sugería ver el cuerpo propio y ajeno como algo hermoso y no repugnante. Es decir, una de las salidas a esta situación es a través de la imaginación, lo cual también favorece, a través del juego artístico, la ampliación del interés por los demás, venciendo las tendencias a la estigmatización y el “desdoblamiento”.

Como señalé anteriormente, Nussbaum (2014) reelabora la idea kantiana del mal radical mediante la incorporación del estudio de las emociones humanas, como es el asco proyectivo, para así dar cuenta de este mal. También incluye al egoísmo y al narcisismo en su reelaboración del mal radical, entendiéndolos como parte de la formación de la psicología humana, pero comprendiendo la necesidad de superar estas tendencias a través del amor, la empatía y la compasión, para, de esta forma, dejar atrás nuestras inclinaciones a pensar solo en nuestro interés, y usar a otros como medios para lograr nuestros fines. Con este último paso, la filósofa argumenta que las instituciones democráticas se verían mejoradas y beneficiadas, ya que las personas podrían entender el Estado y las instituciones como parte activa de su vida, en las que colaboran para vivir mejor, junto con todo el resto de los ciudadanos de su sociedad. Este aprecio y preocupación por los demás, como incentivo que promueve la filósofa, es obviamente beneficioso para toda la sociedad, en tanto la vida del otro pasa a ser algo que nos interesa, y no un mero objeto o alguien ajeno a mi propia vida. Además, Nussbaum (2014) formula tres afirmaciones al respecto. La primera es que, en el desarrollo de la primera infancia, el amor —junto con la confianza y el interjuego sutil— es clave para el desenvolvimiento de un interés y respeto genuino por otros, y también es una salida al egoísmo. La segunda afirmación es que el desvalimiento y el miedo persisten en la vida, y el amor se convierte en

un componente relevante, incluso en la adultez, para alejarnos del narcisismo. La tercera y última es que el narcisismo en la vida política se manifiesta en el asco proyectivo, lo que plantea problemas para llegar a una sociedad justa con igualdad de dignidad humana. Esto debe ser abordado no solo aplicando reglas sino por medio del juego y la simpatía imaginativa, incluyendo la vulnerabilidad y el estar dispuestos a abandonar la omnipotencia; para ello, según la autora, también podemos hacer uso del espíritu poético.

Según Nussbaum (2014), hay otras dos últimas tendencias arraigadas en nuestra naturaleza que son una amenaza para la estabilidad de las instituciones democráticas: ceder ante la presión social y obedecer a la autoridad. Para la filósofa, ambas constituyen nuestra herencia evolutiva y, pese a que en la solidaridad de grupo pueden ser útiles, las mismas, en exceso, amenazan la democracia. La presión de grupo dificulta que las personas digan la verdad (Nussbaum, 2014). La obediencia a la autoridad puede ser dañina para la democracia porque desmotiva la discusión crítica de las cuestiones sociales vitales para la sociedad. Si se obedece acríticamente a las autoridades, se puede caer en una inercia institucional y en la falta de comprensión de la diversidad de visiones acerca de cómo deben ser instituidas las funciones que ejerce el Estado, o cualquier institución social, si pretende ser democrática. La presión de grupo es otra tendencia que puede ser dañina para la democracia, ya que, como la obediencia a la autoridad, favorece la visión mayoritaria en detrimento de la pluralidad de voces y visiones acerca de la sociedad, favoreciendo que solo se imponga una visión y obstaculizando las perspectivas disidentes de la mayoría social.

Estas dos tendencias fueron arduamente estudiadas por Hannah Arendt (2003) quien, como Milgram (1980), sostiene que el mal no es privativo de las personas sádicas o con problemas de salud mental, sino que cualquier persona bajo determinadas circunstancias puede ceder toda responsabilidad individual y secundar las órdenes de otra. Milgram estudió esta tendencia explicando que todas las personas criadas en familias han crecido en estructuras jerárquicas y

que no hay familia que no enseñe valores morales sin enseñar, a la vez, obediencia a la autoridad. Esto podría variar según cada familia. Adorno, en *La personalidad autoritaria* (2006), atribuyó a la crianza familiar de los hogares de la Alemania de su época, buena parte de la conducta obediente. Por otra parte, Milgram no niega ni afirma que la formación en pensamiento independiente y crítico pueda controlar o vencer estas tendencias. En relación al autoritarismo, Nussbaum (2014) cree que, mientras haya una sociedad democrática con amplias y sólidas libertades, así como una cultura crítica, no todas las naciones correrán los peligros que suponen los fascismos. Además, una educación que enseñe la discrepancia y la crítica nos defiende frente a estas amenazas. Otro elemento que nos aleja de estas amenazas es ver a todas las personas como plenamente humanas y singulares.

Finalmente, la autora concluye que las tendencias no son determinantes ya que pueden ser combatidas por culturas de la disconformidad, fomentando la responsabilidad individual, la cultura de la empatía y promoviendo la capacidad de ver el mundo con los ojos de otros, reconociéndoles su individualidad y su diferencia.

Nussbaum (2014) advierte que su intención no es dar una teoría general, ya que la misma no resultaría útil para los fines propuestos. La teoría de la personalidad expuesta y las normas generales defendidas son guías para su teoría, pero no generan una teoría muy general porque la filósofa pretende elaborar un enfoque experimental de estos problemas sociales antes detallados. Nussbaum sigue el espíritu de Mill y Tagore, por lo cual deja un espacio para la improvisación, la individualidad y la crítica. Toda teoría muy general cierra estas posibilidades. A su vez, su enfoque no es solamente experimental sino que debe ser contextual, por eso tampoco se debe elaborar una teoría general. En este sentido, lo que mueve a las personas, lo que las afecta y las emociona está directamente relacionado con su historia (individual y de la nación a la que pertenecen), sus tradiciones y los problemas que viven en sus naciones. Por este motivo, la autora dice que todo líder político que quiera desarrollar proyectos políticos con un

apoyo emocional debe tomar esto en consideración para conectar con las personas, con sus vidas y afectos particulares, enmarcadas en su contexto histórico y social. Consiguientemente, Nussbaum (2014) establece que “las emociones públicas positivas encarnan unos principios generales, sin duda, pero también los revisten con el ropaje de una historia narrativa particular” (p. 244). La autora, entonces, no propondrá una teoría “desde arriba” a ser aplicada en todos lados; ese es justamente el espíritu opuesto a su cometido.

Asimismo, hay dos emociones que deben ser bien gestionadas en una sociedad: el asco y la aflicción, entendida como aquella tristeza que sentimos al perder algo. Según la autora, la aflicción debe encauzarse mediante el fomento de la reciprocidad y la extensión de la compasión. Por su parte, el asco debe ser aplacado en sus formas perniciosas para que no se convierta en un obstáculo al momento de sentir interés hacia los demás. La necesidad de ocuparse de estas emociones lleva a la autora a pensar que todas las sociedades precisan del espíritu de la tragedia y la comedia: el primero, para sobrellevar la pérdida y moldear la compasión; el segundo, para superar el asco que provoca el cuerpo. Además, el miedo, la envidia y la vergüenza pueden desbaratar cualquier proyecto político democrático.

Brevemente, el argumento teórico de la filósofa se resume en cuatro pasos: 1. Las sociedades que aspiran a la justicia tienen buenas razones para querer “la estabilidad y la eficacia de sus principios políticos buenos”. (Nussbaum, 2014, p. 245); 2. Si el amor y la compasión se extienden de forma apropiada y se desincentivan las emociones que obstruyen esta extensión (y que constituyen el mal radical, de acuerdo con Kant y Nussbaum), se fortalecería la estabilidad que pretenden estas sociedades; 3. El amor y la compasión pueden extenderse y se puede desalentar las emociones perniciosas para esa extensión “aplicando las estrategias A, B y C.” (Nussbaum, 2014, p. 246); 4. Conclusión: estas sociedades tienen fuertes motivos para aplicar dichas estrategias, A, B y C.

De acuerdo a Nussbaum (2014), tras la revolución francesa, las personas dejaron de temerle al monarca y acatar sus órdenes. La solidaridad comenzó a

ser clave y las personas tuvieron que imaginar formas nuevas de convivencia que les exigían un esfuerzo por el bien común, sin la coerción del monarca. Así surgen las propuestas de una “religión civil” o “religión de la humanidad” elaboradas por filósofos como Kant, es decir, una apuesta por la cultivación pública del amor, el interés por las personas y la simpatía extendida. Con este objetivo, y oponiéndose a la codicia y al egoísmo, surgen dos tradiciones. Una es la de Rousseau (1998) y Comte, que impulsaban la imposición de una homogeneidad en la sociedad a través de la coerción. No preveían, así, espacios para la libertad crítica, lo que tiene efectos para el amor político que se propone. Según la autora, Rousseau (1998) y Comte apelaban a “producir personas que amaran y pensaran de forma similar, y experimentaran emociones de masas.” (Nussbaum, 2014, p. 458). Mozart, Da Ponte, Mill y Tagore conforman la segunda tradición, que acuerdan con Comte y Rousseau (1998) en el objetivo de expandir la simpatía, pero diferían en que el mismo debía ser llevado a cabo de maneras más heterodoxas. Nussbaum defiende y argumenta a favor de la segunda tradición porque ve en ella más potencial en la creación y sostenimiento de una sociedad más atractiva, más inclusiva, más plural. Esta tradición es complementada por la autora mediante la introducción de bases teóricas sólidas de psicología humana, y con la visualización de recursos y problemas a los que se enfrenta la sociedad contemporánea que aspire a la justicia. Como la estrechez de la simpatía no es el único problema actual para llevar a cabo un proyecto inspirado en esta segunda tradición, la autora también hace hincapié en la discriminación hacia grupos sociales, y los efectos del asco y la vergüenza como fenómenos peligrosos para la democracia.

La filósofa critica la incompletud del estudio psicológico de Kant, diciendo que el respeto no es la única emoción pública que necesitan las sociedades que apoyen la justicia y la democracia. El papel del asco en la negación de la dignidad humana, hace del respeto basado únicamente en esta idea de dignidad un piso poco fértil. Se precisa, pues, de la nutrición que supone la imaginación humana de las vidas de las personas para entenderlas y empatizar con ellas. No es

conveniente solo contar con la empatía; una persona sádica o que haya matado o torturado a alguien también podría empatizar. Se torna ineludible una empatía que implique imaginación de las vidas de los demás, basándose en el amor y el interés por esas personas. El amor es, entonces, importante para la justicia, tanto de las sociedades “ya” justas —aunque siempre pasibles de dejar de serlo— como para las sociedades que aspiran a la justicia.

2.- Conclusión

Por todo lo anteriormente expuesto, podemos comprender cómo los incipientes estudios en psicología humana realizados por Kant (1981) y reformulados por Nussbaum (2014), nos permiten enriquecer nuestro entendimiento del mal radical y cómo abordarlo para mejorar nuestras sociedades democráticas.

La reelaboración del mal radical descrita por la filósofa se centra en destacar que Kant (1981) tenía razón en puntualizar a la competencia como una tendencia natural de los seres humanos. Pero si este afán por velar por el interés personal se incrementa de tal manera que opaca la empatía y la compasión con el otro, esto daña las sociedades dado que no se cultiva una preocupación genuina por la vida de nuestros conciudadanos. Nussbaum (2014) extiende la explicación del mal radical que hace el filósofo, argumentando que algunas emociones humanas, como el asco proyectivo, y otras tendencias, como la obediencia a la autoridad y la presión de grupo, son de vital importancia a considerar para comprender realmente este mal radical. Es así que el análisis desarrollado profundiza en ellas.

De acuerdo con Kant (1981), el mal radical, es decir, las tendencias de las personas a abusar de otras, forman parte de nuestra naturaleza humana universal. Nussbaum (2014) cree que comprender el mal radical es ineludible para mejorar la democracia, dado que nos permite saber qué emociones y tendencias cultivar, y cuáles desincentivar en las sociedades que aspiren a la justicia.

El amor es una de las emociones fundamentales para contrarrestar el papel del mal radical. Ayuda a paliar las tendencias destructivas, producto de la sensación de desvalimiento y la vergüenza primitiva. A su vez, colabora en poder imaginar la vida del otro, lo que evita la estigmatización y fragmentación social, potenciando en sentirse parte de un pueblo. El narcisismo del bebé es la base del mal radical, de la tendencia humana a tratar a otros como esclavos que lo sirven. Esta tendencia niega la vulnerabilidad del cuerpo y genera la aspiración a la perfección, que coloca a la persona por encima de otras, usándolas para beneficio personal. Previene de entender que la vida humana se basa en la necesidad, la reciprocidad e interdependencia entre las personas.

Tanto el espíritu del amor como el del juego, y el valerse por uno mismo, pueden ser soluciones al mal radical. El narcisismo se encauza a través del amor, incentivando la preocupación por el otro, estimulando la imaginación de la vida de otras personas, en detrimento de un pensamiento que solo se interesa por un pequeño círculo de personas que nos rodean. De este modo, el mal radical puede ser contrarrestado, y las democracias pueden mejorar, siempre y cuando tengan en cuenta las tendencias humanas nocivas y actúen para paliarlas.

3.- Referencias

- Adorno, T. (2006). La personalidad autoritaria. Disponible en línea: <https://www.redalyc.org/pdf/2971/297124008008.pdf> Consultado el 1 de abril de 2025.
- Arendt, H. (2003). Eichmann en Jerusalén. Barcelona: Lumen.
- Freud, S. (1993). Obras completas. Tomo XIV. Introducción al narcisismo (1914). Buenos Aires: Amorrortu.
- Kant, I. (1981). La religión dentro de los límites de la mera razón. Madrid: Alianza.
- Mill, H. T.; Mill, J. S. (1973). Ensayos sobre la igualdad sexual. Barcelona: Península.

Milgram, S. (1980). Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Nussbaum, M. (2014). Las emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia? Madrid: Paidós.

Rousseau, J. (1998). Del contrato social. Madrid: Alianza.

Winnicott, D. (2005). Realidad y juego. Barcelona: Gedisa.